

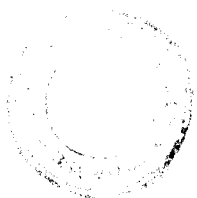
RECUERDOS Y APUNTAMIENTOS

*Publicaciones del Ministerio de Educación de Colombia.
Departamento de Extensión Cultural y Bellas Artes.*

1 9 5 0

JOSE CAICEDO ROJAS

RECUERDOS Y
APUNTAMIENTOS



BIBLIOTECA POPULAR DE CULTURA COLOMBIANA

INTRODUCCION

EL COSTUMBRISMO EN LA LITERATURA COLOMBIANA

I

En la historia de la literatura colombiana el costumbrismo ocupa un lugar de indiscutible y singular importancia. Su existencia abarca toda la segunda mitad del siglo XIX y su influencia se prolonga, al través de diferentes alternativas, casi hasta nuestros días. Para definirlo, con su excelente prosa, ha dicho don Antonio José Restrepo: "Género realista, debe ser saleroso al propio tiempo para conservar su carácter de mero cuadro de costumbres. No aspira a conmover para revolucionar, apenas si pinta, para corregir con suave tono; ni tampoco cava en el estercolero social, con la pluma hecha piqueta o bordón ferrado, para extirpar injusticias, remover privilegios y cambiar instituciones: Trisca por entre la maraña humana, apunta más bien los defectos que los vicios y retrata las personas y las cosas, dejando su huella tenue para consulta de curiosos y artistas que quieran volver sobre el pasado..." "...De cuando en cuando un concepto filosófico del autor, tirado allí al desgaire, o una cifra, o un dato, un toque sociológico, puede revelarnos su alta cultura, su escuela política,

su faz moral entera. Pero una rigurosa economía debe presidir a estas verdaderas licencias del género, que es peculiarmente descriptivo, pintoresco, ameno y literario". A esta rigurosa y exacta definición no se puede, en verdad, agregar nada.

Los más autorizados historiadores de nuestra literatura coinciden en señalar como origen del costumbrismo colombiano la influencia ejercida sobre sus principales cultivadores por quienes crearon el género en España, es decir, Mariano José Larra (1809-1837), Ramón de Mesonero Romanos (1803-1882) y Serafín Estébanes Calderón (1799-1867), autores en su orden de Artículos, Escenas matritenses y Escenas andaluzas, libros donde fueron recogidas sus más notables producciones publicadas antes en el popular periódico El pobrecito hablador.

Esta influencia es innegable. Pero no resulta impertinente, ni superfluo, agregar que si tan hondamente penetró en nuestro medio el costumbrismo, cuyos geniales exponentes del siglo pasado superaron, por la calidad de sus obras, a sus maestros españoles, tal fenómeno obedeció al hecho evidente de que aquella influencia encontró terreno convenientemente abonado en las condiciones económicas, políticas y sociales que prevalecían en la república de Nueva Granada y en la Confederación Granadina, nombres que por aquellos tiempos ostentó nuestra patria. En efecto, tales condiciones eran estrictamente semejantes a las que existían en España. En ambas naciones, naturalmente con distintas peculiaridades, se desarrollaba entonces un complejo proceso so-

cial caracterizado por la lucha que libraban las fuerzas que para asumir la dirección de la sociedad se veían obligadas a eliminar el predominio del absolutismo feudal.

En la literatura española del siglo pasado —como consecuencia del proceso social a que antes se aludió— se produjeron vertiginosas transformaciones que no pudieron menos que reflejarse en la nuestra. El pseudo-clasicismo fue desalojado por el romanticismo. Pero al mismo tiempo éste fue desplazado por el realismo que irrumpió vigorosamente como una exigencia social. Todo esto dentro de un lapso relativamente breve.

De esta manera surgió el costumbrismo que en le fondo es solamente una discreta manifestación de realismo, una tendencia a observar a la sociedad objetivamente y a insinuar apenas el drama humano que la agita y que se hace patente al través de múltiples formas.

II

“El grupo de costumbristas tuvo aquí por centro la tertulia literaria de El Mosaicó de carácter muy familiar e íntimo pero que influyó grandemente en las letras...”, ha dicho don Antonio Gómez Restrepo. Y monseñor Rafael María Carrasquilla ha descrito aquella tertulia con estas palabras: “El Mosaico titulado así del nombre del mejor periódico literario que se ha publicado en Bogotá se formó por los años de 1858 y duró hasta 1870. No tenía presidente, ni secretario, ni mucho menos tesorero, carecía de estatutos, de reglamento, de local de sesiones y de día fijo

en que reunirse. Cualquiera tarde uno de los individuos que la componían mandaba a avisar a los demás que había mosaico en su casa. Iban los que podían o querían; discurrían de cuanto es materia de conversación, menos lo que ofende el decoro y la urbanidad más exquisita; leían lo que tenían escrito, y censuraban o aplaudían con la más absoluta libertad; tomaban chocolate mejor o peor acompañado de lo que en Bogota llamamos arandelas y en paz el alma y contento el espíritu, se retiraban antes de media noche a sus casas...”

“...El Mosaico dirigió la corriente desbordada del romanticismo por los cauces del buen gusto; hizo amigos y hermanos de hombres de las más encontradas ideas religiosas y políticas; les enseñó prácticamente la virtud cristiana de la tolerancia, sin perjuicio de la integridad de los principios”.

Numerosos eran los contertulios de El Mosaico. Allí alternaban José Caicedo Rojas, José Joaquín Borda, José María Bergara y Bergara, Manuel Pombo, Salvador Camacho Roldán, Ricardo Carrasquilla, Eugenio Díaz, José David Guarín, Jorge Isaacs, José Manuel Marroquín, Felipe Pérez, Emiro Kastos, Ricardo Silva, Dizgo Fallon, Teodoro Valenzuela y muchos otros que resultaría largo enumerar. Las encontradas ideas religiosas y políticas —a que alude monseñor Carrasquilla— y que se perciben en el periódico que les servía de órgano de expresión, como es apenas natural produjeron diferentes tendencias artísticas. Casi ninguno de ellos se escapa a la influencia del romanticismo cuya poderosa combustión espiritual es su inmediato antecedente.

Pero tal influencia se encuentra atemperada por el dominio sobre las emociones que produce una severa disciplina intelectual y por el aporte del realismo que reciben. Por eso puede afirmarse que de la síntesis de estas opuestas tendencias —romanticismo y realismo— surge en toda su plenitud el costumbrismo. .

Como en España donde Larra, Mesonero Romanos y Estébanez Calderón, exhiben opuestos temperamentos, también entre nosotros, los creadores del costumbrismo orientan su actividad artísticas hacia las más variadas direcciones. Sin embargo, una recóndita corriente de unidad se percibe en la obra de todos ellos. Pero esta circunstancia en ningún momento los coloca en el terreno de la monótona repetición. Por el contrario en sus producciones se pueden observar cualidades y defectos, rasgos y peculiaridades, conforme a la cultura, a las ideas, las inclinaciones y el temperamento individual de cada uno, que las identifican plenamente y las diferencia entre sí.

De esta manera en cada uno de nuestros costumbristas podemos encontrar caracteres definidos e inconfundibles, algo esencial que les pertenece exclusivamente. Así en José Caicedo Rojas, su estilo y la tendencia a brindar una grata impresión de la vida; en José Joaquín Borda la preocupación encaminada a dar a la historia una presentación amena y pintoresca; en Camacho Roldán la exactitud y belleza de las descripciones y el conocimiento profundo de los problemas económicos y políticos de su época; en Carrasquilla su festiva poesía, su fino humor del cual

está ausente todo sentimiento de amargura; en Eugenio Díaz su objetividad en la narración y una incipiente inquietud por los problemas sociales que se manifiesta en la pintura fiel que ofrece de la vida de los campesinos en su Manuela; en José David Guarín su ironía, a veces acerba, apenas atenuada un poco por su sentido de lo cómico; en Jorge Isaacs la pureza del estilo, la exaltación de nobles sentimientos y la preocupación por los dramas humanos de los seres más humildes que presenta en María al describir la vida de los esclavos; en Marroquín su innata capacidad de versificador, su candoroso realismo y su festivo humor; en Felipe Pérez los vastos conocimientos históricos trasladados a sus novelas; en Emiro Kastos la constante inconformidad con la sociedad donde le correspondió vivir; en José María Samper su severa elocuencia, sus dotes de pensador, su afán investigativo y su erudición. Y así todos los hombres de esta prodigiosa promoción cuyo aporte a la cultura colombiana tiene un inestimable valor.

III

Edad de oro de las letras colombianas ha llamado, no sin razón, el padre José Joaquín Ortega a esta época de nuestra historia literaria. Dentro de sus dilatados dominios la figura de don José Caicedo Rojas ocupa un destacado lugar. Su obra, hija de fecunda actividad creadora, es una de las más extensas que pueda registrarse y exhibe un indiscutible valor. Nacido en Bogotá el 8 de agosto de 1816 y fallecido en la misma ciu-

dad el 20 de octubre de 1898, su vida recibió la poderosa influencia de esa época tan rica en acontecimientos. Apuntes de Ranchería y Recuerdos y Apuntamientos son muestra de ello.

La pluma de Caicedo Rojas recorrió todos los géneros de la literatura: poesía, novela, teatro, crítica, historia, biografía. Y tuvo tiempo no sólo para producir su propia obra sino también para poner su prodigiosa capacidad de trabajo al servicio de otras personas. A propósito de este rasgo del escritor, don Antonio Gómez Restrepo, ha dicho: "La genial benevolencia de don Pepe, como lo llamaban cariñosamente sus amigos, lo llevó a prestar su elegante pluma para redactar memorias ajenas y así salieron los Recuerdos de Tierra Santa de don Rafael Duque Uribe y las célebres Memorias de un abanderado de don José María Espinosa".

Cultivó Caicedo Rojas la poesía con sencilla devoción. Sus poemas ocupan uno de los tres volúmenes del Parnaso Colombiano que editó Vergara y Vergara en 1867. Su poesía muestra tendencias clásicas vigorizadas por el ardiente espíritu romántico de la época. El primer baño y La fuente de Torca son poemas suyos ampliamente conocidos. También fue autor de obras teatrales. Las principales de ellas fueron Gratitud de un artista, Celos, amor y ambición y Miguel de Cervantes. De las dos últimas se sabe que fueron llevadas a escena, pero ninguna de las tres fue publicada y sus originales han desaparecido. Sobre su labor como poeta y autor teatral ha dicho don Antonio Gómez Restrepo: "Si como poeta lírico y como dramaturgo la figura de Caicedo Rojas

no ocupa un puesto de primer orden en nuestra historia literaria, en cambio es uno de nuestros más castizos y deleitosos prosistas”.

Así es en efecto. Sus novelas y sus cuadros de costumbres se distinguen por la fidelidad con que logró captar el medio social, por su estilo limpio, sin amaneramientos, por la agudeza de sus apreciaciones y por el ingenuo humor que fluye de ellos. Su contemporáneo, don José Manuel Marroquín dice al respecto: “Las composiciones en que pinta escenas de la naturaleza, sucesos y costumbres, son notables en el género descriptivo. Mézclase en ellas del modo más agradable la gracia, la naturalidad y cierta amable ligereza, con la verdad, la observación y la filosofía”. Entre sus obras de este género pueden citarse Don Alvaro, cuadros de costumbre de la época colonial y las ya mencionadas Apuntes de Ranchería, donde figuran sus novelas cortas Los amantes de Usaquén y El tiple, y Recuerdos y Apuntamientos que incluye El teatro en Bogotá, página maestra de fresco realismo, llena de anécdotas fielmente transcritas y de acontecimientos que al leerlos recobran verdadera actualidad gracias a la vida que su autor supo imprimirles.

La biografía y la crítica literaria tuvieron también en Caicedo Rojas un auténtico representante. Sus biografías de fray Domingo de las Casas y del artista Joaquín Guarín, su estudio sobre Luis Vargas Tejada y su ensayo Algo sobre la poesía épica nacional, así lo testimonian.

La larga vida de don José Caicedo Rojas es, ante todo, un caso ejemplar de fecunda actividad. Además de su vasta obra literaria realizó una

meritoria labor en la educación de la niñez y de la juventud. Tuvo también accidentales intervenciones en la lucha política en defensa de sus convicciones ideológicas, fue diputado al Congreso Nacional, por la provincia de Bogotá en 1850 y ocupó algunos cargos importantes de la administración pública. Como periodista llevó a cabo una labor infatigable. Colaboró en todos los periódicos y revistas de su época y popularizó los seudónimos de Yariipa y Celta con los cuales solía firmar sus artículos.

Entre todas las obras de don José Caicedo Rojas Recuerdos y Apuntamientos sobresale por la diafanidad de su estilo, la sobriedad de sus conceptos y el valor inagotable que tiene como fuente para el estudio de una de las épocas más importantes de la historia nacional.

A mi señora D. A. B. de C.

Muy respetada señora y estimada amiga:

Usted ha tenido la bondad de pedirme que le informe por escrito sobre algunos puntos relacionados con la historia de nuestro país. Deseo complacer a usted, y le doy las gracias. Los borrones que iré enviando a usted sucesivamente con el título de **Recuerdos y apun-
tamientos**, no son un trabajo convenientemente preparado, ni hay en ellos un plan regular, ni un orden rigurosamente cronológico: son una miscelánea o centón que por su variedad podrá hacer menos enojosa su lectura para usted. Las señoras, por lo común, son pocos amigas de lo viejo, y así, para no hablar de cosas añejas, me contraeré a algunos de los principales acontecimientos del siglo pasado, mezclados con algo de los del presente.

Como usted lo desea, la autorizó para que haga de estas líneas el uso que a bien tenga, incluso el de echarlas al fuego; pero si así lo hiciera usted con mis **recuerdos**, espero que no haga lo mismo con los suyos.

De usted respetuoso amigo y admirador.

Q. B. S. P.,

CELTA